

Teoría de la historia e inteligencia artificial El caso del ChatGPT historiador

*Theory of History and Artificial Intelligence
The Case of the ChatGPT Historian*

Caio Zanin

Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Brasil

<https://orcid.org/0009-0001-8112-5221>

DOI: <https://doi.org/10.25032/crh.v12i22.2792>

Recibido: 31/1/2026

Aceptado: 2/6/2026

Resumen: El artículo investiga los impactos de la inteligencia artificial generativa, en especial de ChatGPT-4o, sobre la teoría, la metodología y la práctica historiográfica contemporánea. El autor parte de la historiografía de la historia digital y destaca los desafíos derivados de la digitalización masiva de documentos, de las lógicas algorítmicas de indexación y de la opacidad de los criterios técnicos de las nuevas herramientas. La sección central explora a ChatGPT como un actor epistemológico emergente y discute sus límites —como las alucinaciones y los sesgos— y su potencial para modular la escritura histórica mediante la ingeniería de *prompts* y los agentes personalizados. El artículo propone una reconfiguración del oficio historiográfico, reivindicando una práctica crítica y pública como condición de posibilidad para la historia por venir.

Palabras clave: historia digital, inteligencia artificial, ChatGPT, teoría de la historia.

Abstract: This article investigates the impact of generative artificial intelligence, especially ChatGPT, on contemporary historical theory, methodology, and historiographical practice. The author begins with the historiography of digital history, highlighting challenges brought about by massive digitization, algorithmic indexing, and the opacity of technical criteria in emerging tools. The central section frames

ChatGPT as an emergent epistemological actor, addressing its limitations (such as hallucinations and bias) and its potential to shape historical writing through prompt engineering and personalized agents. The article calls for a reconfiguration of the historical profession based on technically mediated regimes of truth, authorship, and citation, defending a public and critical historiographical practice as the condition of possibility for the history to come.

Keywords: digital history, artificial intelligence, ChatGPT, theory of history.

1. Introducción. Historia digital e inteligencia artificial

La consolidación de la cultura digital, desde la década de 1990, transformó los modos de comunicación y sociabilidad. En aquel momento, el único avance más palpable para el historiador era la obsolescencia de las máquinas de escribir analógicas, sustituidas por las máquinas de escribir digitales. Más allá de ello, una intangibilidad imaginativa solo permitía especulaciones vagas acerca de las posibles transformaciones introducidas por las computadoras personales (*personal computers*, PC) y su difusión en los entornos domésticos. Las tres décadas siguientes mostraron hasta qué punto el avance digital remodeló los fundamentos mismos de la práctica historiográfica. Como observa Luiz Filipe Correia (2024), la difusión de las tecnologías digitales puede ser comprendida como un proceso de modulación, en el sentido deleuziano del término, es decir, un moldeamiento continuo y variable que atraviesa prácticas sociales, políticas y científicas. La historia no permaneció incólume: la investigación, la escritura y la enseñanza fueron profundamente afectadas por el entorno digital, y hoy la disciplina se enfrenta a nuevos objetos, métodos y dilemas epistemológicos.

La digitalización masiva de documentos y su disponibilidad en plataformas virtuales rompe con los regímenes selectivos de los archivos tradicionales. La acumulación potencialmente ilimitada de datos produce, por un lado, una ampliación sin precedentes de las posibilidades heurísticas; por otro, impone el desafío de seleccionar, criticar e interpretar en medio del exceso. La operación historiográfica y la escritura de la historia, que siempre dependieron de estrategias de exclusión y jerarquización mediante la selección de fuentes y de los límites impuestos por el lugar

social al que pertenece el historiador, pasan a ser parcialmente delegadas a algoritmos de indexación y búsqueda cuyos criterios permanecen opacos. La cuestión de la crítica documental, por lo tanto, pasa a incluir el análisis de los dispositivos técnicos que median el acceso a la materia prima de la escritura de la historia.

En este contexto, el llamado «Giro Digital» en las humanidades (Correia 2024) no puede reducirse a un mero capítulo metodológico. Se trata de una mutación cultural que reposiciona la historia en relación con sus propios fundamentos disciplinarios. No sorprende, por ello, que Liz Dalfré (2021) haya identificado la intensificación de revisionismos y negacionismos en las plataformas digitales, donde autoridades públicas e *influencers* movilizan narrativas simplificadas en detrimento de la crítica historiográfica. La cultura digital ofrece nuevas herramientas, pero también multiplica los discursos concurrentes sobre el pasado, en un campo de disputa en el que la autoridad del historiador ya no está garantizada. La disciplina, por lo tanto, necesita reafirmar sus parámetros de verdad histórica —mediante la reflexión teórica y metodológica— en un entorno donde la verosimilitud algorítmica amenaza con imponerse sobre la interpretación crítica.

En este sentido, el presente artículo se sitúa en la intersección entre la historia digital y la teoría de la historia, y sigue un hilo de producciones recientes de la historiografía brasileña que se han dedicado a reflexionar sobre los temas de las llamadas humanidades digitales, el surgimiento de la denominada historia digital, su evolución y las consecuencias de este proceso en diversos parámetros del conocimiento histórico. Con la más reciente innovación tecnológica —la difusión de programas de inteligencia artificial basados en modelos LLM (*large language models*), los llamados GPT—, capaces de generar textos, voces, imágenes y videos artificiales, el conocimiento histórico y el campo emergente de la historia digital experimentan una inflexión decisiva. Es en este umbral donde se inscribe este artículo, que también dialoga con debates provenientes de la segunda mitad del siglo pasado, a saber: la condición de la evidencia histórica y la propia noción de referencialidad, puestas en cuestión por las discusiones en torno al Holocausto y por las tendencias desconstructivistas y posmodernas de la historia —lo que implica la emergencia del debate sobre el negacionismo histórico— frente a la posibilidad de introducir agentes robotizados en la escritura de la historia.

La tesis doctoral del historiador Pedro Telles da Silveira (2018) constituye un estudio fundamental para reflexionar sobre las relaciones entre el conocimiento histórico y la llamada historia digital. En ella, el autor busca construir lo que denomina una «razón histórica digital», es decir,

un conjunto de afirmaciones, opiniones, enunciados y expectativas, dichos y no dichos, que presiden las relaciones entre el conocimiento histórico y las nuevas tecnologías. Sus efectos se hacen sentir cuando las tecnologías digitales son relegadas al ámbito de las herramientas, meros instrumentos disponibles para ser dominados por historiadores e historiadoras, actualizando su saber sin modificarlo, al mismo tiempo que se presupone la necesidad de retornar a la identidad de este conocimiento después del encuentro con dichas tecnologías. Esta perspectiva también establece una separación entre tecnología y epistemología, técnica y teoría y, principalmente, sostiene que las principales alteraciones derivadas del encuentro entre el conocimiento histórico y las nuevas tecnologías ocurrieron en el campo del hacer, y nunca del pensar (22).

La tesis de Silveira ofrece reflexiones fundamentales sobre las consecuencias de la historia digital para el campo de la historiografía y de la teoría de la historia, así como para sus subsecciones: la emergencia de la historia digital como problema y su legitimación «como nuevo campo de actuación para la historiografía»; la cuestión de los vestigios y de las fuentes digitales; el problema de la representación del conocimiento histórico mediante tecnologías digitales; y la intersección entre historia digital e historia pública. A pesar de esta amplitud temática, como señala Victor Sobreira (2025), la tesis de Silveira menciona la expresión «inteligencia artificial» apenas una vez. El carácter pionero del trabajo no le permitió al autor desarrollar una reflexión más sistemática sobre el tema.

En una empresa algo más directamente vinculada a la inteligencia artificial y con tonos premonitorios considerables, un artículo de Thiago Lima Nicodemo y Oldimar Cardoso (2019) se aventura a pensar en un robot historiador, inspirado en los desarrollos recientes de proyección de imágenes artificiales ultrarrealistas de actores y actrices ya fallecidos en series de ciencia ficción hollywoodense. Se trata de un ejercicio de meta-historia, como lo denominan los propios autores. Este robot historiador sería capaz de seguir un método de trabajo específico, compuesto por más de quince etapas, y de evaluar un archivo vasto y extenso, dando lugar a la noción de «hiperarchivo» (*hyperarchives*), cuyo rasgo distintivo es el siguiente:

Lo que diferencia a un hiperarchivo de un archivo tradicional es precisamente la pérdida de agencia sobre el olvido y el borrado, lo que finalmente resulta en que alguien o algo viva en un bucle, sin que se le permita morir. Ni siquiera es necesario recurrir nuevamente a la actuación póstuma de Cushing como metáfora; basta con considerar la controversia en torno a la eliminación de información en Facebook, Google, etc. (Lima Nicodemo y Cardoso 2019, 25).

Rodrigo Bonaldo (2023, 2-4) radicaliza esta perspectiva al proponer la idea de una «historia más que humana», en la cual los sistemas de inteligencia artificial introducen nuevas dimensiones en el estudio histórico. La discusión sobre una historiografía «más que humana» parte de la constatación de que los algoritmos y los sistemas de IA han dejado de ser meros instrumentos para actuar como agentes históricos, es decir, como mediadores de experiencias históricas. En este sentido, la historia deja de ser exclusivamente «la ciencia de los hombres en el tiempo», según la definición clásica de Marc Bloch, para pasar a lidiar con sujetos híbridos, humanos y no humanos. El concepto de «computación necesaria», formulado por Bragio Bonaldo (2023, 4-5), es central para este debate. Se trata de la reproducción de patrones estadísticos a partir de bases de datos, lo que genera una actualización repetitiva de historicidades y cristaliza desigualdades de larga duración en lugar de producir novedades. En contraste, el autor sugiere la hipótesis de una «computación contingente», inspirada en Beatrice Fazi (Bonaldo 2023, 4, 22-24), capaz de introducir rupturas creativas en el procesamiento algorítmico. La distinción entre estos dos modos de computación explicita el dilema de la historiografía digital: confiar en la eficacia estadística de las máquinas puede significar reforzar estructuras sociales ya establecidas, mientras que reivindicar la contingencia implica reconocer la dimensión ética y política del acto de narrar.

Estas reflexiones encuentran eco en los trabajos de Pedro Telles da Silveira (2021), quien analiza las lógicas de recordar y olvidar en internet, redefiniendo los regímenes de memoria. En su perspectiva, la memoria digital, marcada por el exceso y por la dificultad de borrar, desarticula los regímenes tradicionales de temporalidad y transforma la disponibilidad en criterio de relevancia. Para la historiografía, esta condición implica el riesgo de que la verdad histórica sea sustituida por la mera verosimilitud probabilística de los algoritmos.

En este punto se vuelve especialmente pertinente la contribución de Arthur

Lima de Ávila (2024), quien defiende un concepto mínimo de verdad histórica fundado en criterios públicos y en la posibilidad de verificación historiográfica por pares cualificados. Ávila analiza los deslices historiográficos y las máscaras ideológicas de las narrativas históricas producidas por empresas como la estadounidense PragerU y la brasileña Brasil Paralelo, que reescriben de forma constante la historia y la historiografía al defender parámetros de verificabilidad definidos por el mercado: si hay inscritos y seguidores en los canales, si los productos se venden, entonces la narrativa sería correcta y verdadera.

En última instancia, estas transformaciones inciden en la condición de los regímenes de historicidad y también de los regímenes historiográficos, pues introducen una escisión duradera en las posibilidades específicas de la prueba histórica en el sentido propuesto por Carlo Ginzburg (Zanin 2018), así como en la noción ampliada de evidencia histórica desarrollada por François Hartog (Hartog 2013; Zanin 2017). El problema central de este artículo consiste, por lo tanto, en investigar cómo la inteligencia artificial –y, en particular, los agentes personalizados (*chatbots*) de ChatGPT– puede reconfigurar las prácticas historiográficas al disputar los propios criterios que sostienen la noción de verdad histórica, entendida aquí como una aporía continua entre el historiador y la evidencia histórica en el interior de la operación historiográfica. Una investigación reciente liderada por Microsoft indicó que la profesión de historiador es la segunda con mayor «aplicabilidad de IA» y es uno de los oficios más susceptibles de ser sustituidos por la inteligencia artificial. Como veremos, esto parte de una noción errónea sobre las tareas del historiador y su papel en la sociedad (Campbell 2025, 1-2).

2. El nacimiento de la inteligencia artificial

La historia de la inteligencia artificial se remonta al propio desarrollo de la ciencia de la computación. En 1950, Alan Turing publicó el célebre artículo «Computing Machinery and Intelligence», en el cual propuso el denominado *juego de la imitación*, luego conocido como *test de Turing*. Con ello, desplazó el problema de la definición de inteligencia hacia la posibilidad de que una máquina pudiera simular, de manera convincente, respuestas humanas (Turing 1950). Aunque Turing no utilizó la expresión *inteligencia artificial*, su formulación teórica abrió el camino para la constitución de este campo disciplinario.

El uso explícito del término *Artificial Intelligence* surgió en 1956, durante la conferencia en el Dartmouth College, organizada por John McCarthy, Marvin Minsky, Allen Newell y Herbert Simon. El encuentro, financiado por la Fundación Rockefeller, es con frecuencia considerado el hito fundador del área (Sobreira 2025, 5). Si bien, como observa James H. Moor (2006), durante aquellos dos meses se produjeron pocos resultados concretos, los participantes se convirtieron en referencias fundamentales en las décadas posteriores y consolidaron distintas corrientes de investigación.

En las décadas del sesenta y el setenta, dos enfoques principales disputaron espacio en el campo: la inteligencia artificial simbólica, basada en reglas lógicas y sistemas expertos, y la inteligencia artificial conexionista, inspirada en el funcionamiento de las redes neuronales biológicas. Frank Rosenblatt, por ejemplo, desarrolló en 1958 el *Perceptron*, uno de los primeros modelos de red neuronal artificial (Sobreira 2025, 10). No obstante, críticas como las formuladas por Hubert Dreyfus (1965) y el informe de James Lighthill (1973) señalaron límites estructurales de estas aproximaciones y dieron lugar al llamado *AI Winter*, un período caracterizado por la reducción de financiamiento y de expectativas en torno a la inteligencia artificial (Bragio Bonaldo 2023, 4).

La reactivación del campo se produjo en las décadas del ochenta y el noventa con el desarrollo de los denominados sistemas expertos (*expert systems*), que traducían el conocimiento de especialistas humanos en conjuntos de reglas aplicables a dominios específicos. Aunque obtuvieron cierto éxito en áreas como la medicina, su mantenimiento resultaba costoso y dependía de equipos permanentes de programadores (Sobreira 2025, 9). Paralelamente, el avance de la capacidad computacional y la reducción de los costos de infraestructura favorecieron el resurgimiento de las aproximaciones conexionistas, ahora mediante redes neuronales multicapa, lo que se consolidaría como *deep learning* a partir de los años dos mil.

El salto decisivo se produjo en 2017 con la publicación del artículo «Attention is All You Need», que presentó la arquitectura *transformer*. Esta técnica, desarrollada por investigadores vinculados a Google, permitió el entrenamiento de modelos masivos de lenguaje sobre grandes corpus textuales, dando origen a los denominados *large language models* (LLM). A diferencia de los sistemas expertos, basados en reglas fijas, los LLM aprenden a predecir la palabra siguiente en una secuencia y generan

textos en lenguaje natural de manera estadística.

La fundación de OpenAI, en diciembre de 2015, en San Francisco, California, marcó un momento estratégico en la convergencia entre intereses tecnológicos y preocupaciones éticas respecto del futuro de la inteligencia artificial. Creada como una organización sin fines de lucro, la empresa contó con el liderazgo de su actual director ejecutivo, Sam Altman, y también del polémico multimillonario Elon Musk. En el sitio web de OpenAI, la presentación institucional de la empresa define su propósito del siguiente modo:

OpenAI es una empresa de investigación en inteligencia artificial sin fines de lucro. Nuestro objetivo es avanzar la inteligencia digital de la manera más propensa a beneficiar a la humanidad en su conjunto, sin estar limitada por la necesidad de generar retorno financiero. [...].

Creemos que la IA debe ser una extensión de las voluntades humanas individuales y, en un espíritu de libertad, ser distribuida de la forma más amplia y equitativa posible.

(OpenAI 2015).¹

A partir de sucesivas investigaciones en *machine learning* y redes neuronales profundas, la institución presentó al público los modelos de la serie *Generative Pre-trained Transformer* (GPT), cuya versión más popular, ChatGPT, fue lanzada el 30 de noviembre de 2022 (Sobreira 2025, 2). Su rápida difusión mundial —100 millones de usuarios en apenas dos meses— reveló tanto el fascinio social ante la posibilidad de generar textos coherentes en lenguaje natural como los dilemas epistemológicos y pedagógicos que de ello se derivan (Bentivoglio 2023, 316). A diferencia de los chatbots tradicionales, restringidos a interacciones guionizadas, ChatGPT elabora respuestas extensas y creativas al combinar informaciones provenientes de amplias bases de datos. Se trata, por lo tanto, de una tecnología que desplaza la percepción de lo que significa «dialogar» con una máquina.

OpenAI se destacó en este escenario con el lanzamiento de la serie GPT. El GPT-2 (2019) ya demostraba la capacidad de producir textos extensos; el GPT-3 (2020), con 175 mil millones de parámetros, representó un avance cualitativo significativo; y el GPT-3.5 constituyó la base del ChatGPT, puesto a disposición del público de forma gratuita en noviembre de 2022. En 2023, el GPT-4 amplió aún más la sofisticación del

¹ https://openai.com/index/introducing-openai/?utm_source=chatgpt.com

modelo con la incorporación recursos multimodales. En 2024, la principal novedad fue el lanzamiento de ChatGPT-4o y del GPT Omni, que incorporaron memoria de las conversaciones mantenidas por el usuario con el sistema. En el año siguiente, se produjo el lanzamiento de ChatGPT-5, descrito como «un sistema unificado con un modelo inteligente y eficiente, capaz de responder a un mayor número de preguntas, y con una capacidad ampliada de razonamiento (pensamiento del GPT-5) para problemas más complejos» (OpenAI 2025).²

La disponibilidad pública de ChatGPT constituyó, por lo tanto, un hito no solo tecnológico, sino también cultural. Desde la perspectiva de la teoría de la historia, este momento marca el pasaje en el cual los algoritmos dejan de ser recursos técnicos restringidos a especialistas y pasan a intervenir de modo directo en el espacio público, disputando criterios de validación discursiva que anteriormente estaban reservados a la acción humana.

3. La teoría de la historia según el ChatGPT

El funcionamiento de ChatGPT es de naturaleza estadística: al prever la palabra más probable que suceda a una secuencia textual, el sistema construye frases y párrafos con una fluidez impresionante. Sin embargo, dicha fluidez no equivale a comprensión. El modelo está diseñado para producir frases correctas desde el punto de vista sintáctico, no necesariamente verdaderas, lo que abre espacio a fenómenos conocidos como «alucinaciones». En este sentido, el historiador, al interactuar con la herramienta, debe mantener una vigilancia crítica: la verosimilitud algorítmica no puede confundirse con validez historiográfica.

La interacción con ChatGPT se realiza a través de los llamados *prompts*, es decir, instrucciones en lenguaje natural que orientan la producción textual de la inteligencia artificial. De ello deriva el campo de la denominada *ingeniería de prompts*, entendida como el conjunto de técnicas destinadas a formular comandos precisos y estratégicos capaces de alinear los resultados de la máquina con las necesidades del usuario. Desde el punto de vista historiográfico, esta práctica reabre el debate clásico sobre la relación entre heurística y narrativa: si el historiador es quien selecciona,

² <https://openai.com/pt-BR/index/introducing-gpt-5/>

interpreta y narra, ¿qué significa delegar parte de este proceso a instrucciones textuales que una máquina puede expandir en narrativas en apariencia consistentes?

En este punto, resulta particularmente fértil el análisis del artículo del historiador Julio Bentivoglio, profesor de Teoría de la Historia en la Universidade Federal do Espírito Santo. En su provocador artículo «Conversa sobre Teoria da História com o ChatGPT» (2023), Bentivoglio formula una serie de preguntas —o, en el lenguaje de los modelos LLM, efectúa diversos *prompts*— con interrogantes generales y específicas sobre teoría de la historia, historiografía y sus principales autores. El autor menciona el ChatGPT-3, aunque no deja en claro qué modelo específico está utilizando. Por ello, se asume aquí que empleó la tercera versión del modelo en una conversación estándar del GPT, poniendo a prueba la base de datos entrenada y disponibilizada por OpenAI.

El artículo está constituido, básicamente, por los *prompts* formulados por Bentivoglio y por las respuestas del GPT, algunas breves y otras más extensas. En las notas al pie, el historiador comenta parcialmente dichas respuestas, a veces de forma satisfecha, otras problematizando deficiencias terminológicas y, en ocasiones, factuales de la inteligencia artificial. Las primeras preguntas son bastante simples: «¿Qué es la teoría de la historia?»; «¿Cómo podemos definir el pasado?»; «¿Cuál es el objeto de los estudios históricos?». Frente a estos *prompts* elementales, la inteligencia artificial responde de manera simplificada, aportando información acorde con las preguntas y, en algunos casos, con consideraciones interesantes, aunque altamente cuestionables. El propio Bentivoglio advierte esta simplificación generalizada del GPT ante la pregunta «¿Cuál es el objeto de los estudios históricos?» cuando afirma que «la inteligencia artificial ofreció una respuesta bastante simplista» (Bentivoglio 2023, 318).

A lo largo del artículo, la experimentación con el GPT pasa a involucrar *prompts* más extensos y detallados, como, por ejemplo: «¿Cómo evitar que intereses políticos, ideológicos o mercadológicos interfieran en la producción y divulgación del conocimiento histórico?». La respuesta a esta pregunta fue caracterizada por el historiador como «bastante satisfactoria».

Ahora bien, una revisión rápida sobre el funcionamiento de los *prompts* y sobre su ingeniería indica que cuanto mayor sea la cantidad de información proporcionada en un *prompt*, mayores serán las probabilidades de obtener una respuesta satisfactoria. La contextualización del objeto del *prompt* y la especificación precisa de lo que se interroga ayudan a la inteligencia artificial a seleccionar, dentro de sus vastas —casi infinitas— bases de datos, la información de forma más eficiente y precisa. Otras técnicas de *prompting* también resultan sumamente válidas, como el método del «paso a paso» (*step by step*) o el de la personalización. El usuario puede, en el cuerpo del *prompt*, atribuirle una *persona* al GPT, definiendo un rol de especialista. Es posible, por ejemplo, indicarle al sistema que actúe como un historiador e investigador experimentado, con conocimientos especializados en teoría de la historia e historiografía y con un perfil académico consolidado. Esto contribuye a que el GPT produzca respuestas más satisfactorias o, al menos, utilice un lenguaje más preciso y adecuado al contexto. La técnica del «paso a paso», por su parte, consiste en asignar tareas por etapas al GPT: el usuario puede solicitar primero la elaboración de la estructura de un texto en tópicos y, luego, pedir el desarrollo de cada uno de ellos, en lugar de exigir la redacción completa de una sola vez.

El artículo de Bentivoglio demuestra, quizá sin que esta fuera la intención explícita del historiador, cómo funcionan algunas de estas progresiones. Las respuestas consideradas satisfactorias por un historiador académico altamente calificado en el objeto interrogado solo comenzaron a aparecer con *prompts* más extensos y con la familiarización progresiva del GPT con el tema, dado que múltiples *prompts* sobre el mismo asunto fueron enviados de manera secuencial al sistema. En definitiva, la ingeniería de *prompts* se revela como un elemento fundamental para obtener respuestas más eficientes de ChatGPT.

En otro intento de interrogar a ChatGPT, el historiador Leme Lopes pone a prueba los conocimientos más específicos de la IA en relación con la historiografía. Lopes, utilizando la versión Plus de OpenAI ChatGPT-4, inicia una conversación con un chat convencional de GPT, pregunta por su constitución, quién era ChatGPT y, posteriormente, sobre el entrenamiento del GPT en historiografía. El GPT explica que es un LLM y que se apoya en una base de datos masiva extraída de internet: sitios web, artículos, libros y otros documentos en diversas lenguas. OpenAI incluso enfrenta una demanda por derechos de autor impulsada por periódicos como *The New York Times*

y *The Times*, por utilizar esta base de datos sin autorización previa (*New York Times* 2023).³

En cuanto a la historiografía, el GPT informa a Lopes que posee un entrenamiento considerable en el área y destaca cuatro puntos generales: fuentes primarias y secundarias; escuelas historiográficas y sus teorías; métodos históricos; e historiadores notables. Lopes decide profundizar un poco más en la cuestión de los historiadores destacados, ante lo cual el GPT responde mencionando historiadores clásicos como Edward Gibbon, Leopold von Ranke o Fernand Braudel. Cuando el historiador solicita análisis más innovadores de la historiografía reciente, el GPT responde con Michel Foucault y Alun Munslow. Desde el punto de vista de Lopes, las respuestas de la IA no aportan nada particularmente innovador u original, tal como él esperaba.

Entonces, Lopes insiste en la pregunta acerca de textos actualizados y realmente innovadores en el campo de la historiografía. Entre sugerencias de Munslow y Frank Ankersmit, Lopes termina descubriendo, entre las indicaciones del GPT, un libro de Chris Lorenz que en realidad no existe. Sin embargo, quizá solo pudo advertirlo porque conoce en detalle los desarrollos de la historiografía e investigó en otros medios para detectar la alucinación de la IA. El peligro surge cuando la información no es verificada y un lego podría reproducir datos inventados sobre un libro inexistente.

Esta termina siendo su conclusión sobre el diálogo: GPT puede ser un auxiliar considerable para la investigación histórica, pero presenta serias limitaciones en lo relativo a la interpretación textual y la creación de textos originales. La posibilidad de las «alucinaciones» representa el mayor peligro para el uso indiscriminado de GPT como auxiliar en la historiografía, dado que, utilizado a gran escala, puede transformarse en un falsificador convincente de enormes proporciones.

En 2024, además de la interfaz básica, OpenAI pasó a ofrecer la posibilidad de crear «agentes GPT personalizados». Estos «agentes» pueden configurarse con instrucciones específicas, bases de datos adicionales e integraciones externas. En la práctica, un investigador puede crear un agente entrenado para trabajar

³<https://www.nytimes.com/2023/12/27/business/media/new-york-times-open-ai-microsoft-lawsuit.html>

exclusivamente con un corpus determinado de documentos históricos, dentro de ciertos límites. En la versión paga básica, la suscripción Plus permite que los GPT almacenen hasta 20 archivos en formato PDF.

El agente personalizado dispone de una página de configuración que también funciona mediante ingeniería de *prompts*. Existe, en esencia, un *prompt* principal, que puede ser extenso e incluir un sistema de trabajo que el GPT debe seguir (técnica del *step by step*), una *persona*, un tipo de lenguaje específico que la máquina debe adoptar, entre otras funciones. Un estudiante de grado puede, por lo tanto, cargar algunas fuentes en PDF en los archivos del GPT y, a partir de ello, buscar la formulación de una idea para su trabajo final de carrera, solicitando al propio GPT que analice las fuentes y desarrolle el texto necesario.

Evidentemente, ya existen herramientas de verificación capaces de identificar si un texto fue producido por inteligencia artificial. No obstante, la propia inteligencia artificial puede utilizarse como un recurso para enmascarar dicho uso, mediante *prompts* diseñados específicamente con ese objetivo. Además, existe la posibilidad de crear un agente GPT especializado en escritura que no reproduzca los patrones típicos del lenguaje natural generados por las inteligencias artificiales. La creación de estos agentes GPT introduce nuevos elementos para el análisis histórico, en especial en lo que respecta a la transmisión del conocimiento histórico. Y es en este punto donde mi análisis difiere del de otros historiadores brasileños, quienes analizaron ChatGPT solo en su forma fundamental, sin considerar la evaluación de los agentes.

En una búsqueda rápida en Google en una pestaña de navegación anónima, escribí la expresión «ChatGPT historiador». De inmediato, aparecieron en la primera página diversos resultados que remitían a agentes GPT especializados en historia: el «Historiador Universal», el «Historiador Ejemplificado», el «Historiador Mundial» y el «Historiador Lógico». Uno de los primeros resultados fue el «Historiador Imperial», en el cual hice clic para investigar con mayor detalle. Utilicé ChatGPT-4o.

En la página inicial del agente dentro de ChatGPT aparecía la siguiente invitación descriptiva: «Explora la rica historia de Brasil con el “Historiador Imperial”, un GPT especializado que asume la persona de D. Pedro II, ofreciendo clases detalladas y curiosidades sobre todos los períodos históricos brasileños». El creador del GPT

utilizó la técnica de la *persona*, solicitando de forma humorística que el sistema asumiera la personalidad de D. Pedro II. Debajo de la descripción, se ofrecían algunos *prompts* preconfigurados, como «Cuéntame sobre la Revolución Farroupilha» o «¿Cuáles son algunas curiosidades sobre la corte en el Brasil Imperial?». Elegí este último de manera aleatoria, y la respuesta fue la siguiente:

Ah, la vida de la Corte en el Brasil Imperial tenía sus ritos, pompas y... deliciosas peculiaridades. He aquí un rápido repertorio de curiosidades:

¿Corona en la cabeza... o al costado? Entre los Braganza, en Portugal, rigió durante siglos la costumbre (con el mito sebastianista a mano) de no llevar la corona sobre la cabeza; D. João VI solía aparecer con ella apoyada al costado del trono. En Brasil, sin embargo, la práctica cambió y la corona pasó a utilizarse en el Discurso del Trono — Debret lo registró todo.

Orden del Cruzeiro (1822): primera gran orden del Imperio, creada por D. Pedro I para premiar no solo méritos militares, sino también civiles y científicos —un toque de modernidad en las condecoraciones.

[...]

Si lo desea, puedo preparar una línea de tiempo de «etiqueta y pompa», desde el Paço de São Cristóvão hasta Petrópolis, con más episodios sugestivos e imágenes de Debret como acompañamiento.

El inicio de la respuesta ya muestra cómo el GPT respondió asumiendo la *persona* de Dom Pedro II, tal como fue explicado. El GPT, además de presentar curiosidades sobre el Imperio brasileño, también sugirió la realización de otra tarea. Este factor sugestivo es una constante en todo el funcionamiento de ChatGPT. Casi siempre, el cierre de una respuesta de la máquina viene acompañado de una sugerencia. En este punto, los patrones técnicos que se reproducen de manera necesaria —o la «computación necesaria», para usar la expresión de Rodrigo Bonaldo— están plenamente en acción. Obsérvese que el GPT sugiere la elaboración de una «línea de tiempo» de la «etiqueta y la pompa» en el Imperio. Tal vez podamos preguntarnos por qué el agente sugirió una línea de tiempo y no un análisis crítico o una historia comparativa entre el Imperio y la Primera República, o incluso cuestionar la elección de Debret y la sugerencia de sus imágenes. Las elecciones de los algoritmos son opacas. Resulta difícil descubrir las razones de tales sugerencias.

Sin embargo, investigué un poco más. Introduje el siguiente *prompt*: «¿Qué fuentes fueron añadidas a tu base de datos? Enumérame todos los documentos que tienes en tu archivo». La respuesta fue la siguiente:

¡Excelente pregunta! Por razones de seguridad y confidencialidad, no puedo enumerar ni exponer mi base de datos interna. Sin embargo, puedo ser totalmente transparente respecto de los tipos de fuentes que sustentan mis respuestas —y dejo a continuación una bibliografía esencial y pública (clásica y confiable) sobre el Brasil Imperial y la vida de Corte.

Tipos de fuentes que consulto (en términos generales)

- Fuentes primarias: leyes del Imperio, *Anales del Parlamento* (Cámara y Senado), Informes de los Ministros de Estado, *Almanak Laemmert*, periódicos de la época (por ejemplo, *Gazeta do Rio de Janeiro*, *O Auxiliador da Indústria Nacional*), iconografía (Debret, Rugendas, Ender), archivos del IHGB y de la Biblioteca Nacional.
- Fuentes secundarias: monografías y artículos de historiadores reconocidos, diccionarios y obras de referencia (cronologías, prosopografías, catálogos de órdenes y títulos).
- Fondos y repositorios digitales públicos: Hemeroteca Digital de la BN, Brasiliana Guita y José Mindlin (USP), Archivo Nacional, acervos del IHGB, colecciones digitales del Senado y de la Cámara para Anales e Informes.

Historiografía general y Corte

- Lilia M. Schwarcz, *As Barbas do Imperador* (vida simbólica y política de D. Pedro II).
- José Murilo de Carvalho, *A Construção da Ordem y Teatro de Sombras* (élites políticas y Estado), y ensayos sobre el Segundo Reinado.
- Emília Viotti da Costa, *Da Monarquia à República* (transformaciones sociales y políticas).
- Ilmar Rohloff de Mattos, *O Tempo Saquarema* (construcción del Estado imperial).
- Roderick J. Barman, *Citizen Emperor: Pedro II and the Making of Brazil* (biografía política).
- Jeffrey D. Needell, *The Party of Order* (liberales conservadores y cultura política) y *A Tropical Belle Époque* (últimas décadas del Imperio/Primera República, útil para pensar continuidades).
- Ronaldo Vainfas (org.), *Dicionário do Brasil Imperial (1822–1889)* (obra de referencia).
- Oliveira Lima, *D. João VI no Brasil* (formación de la Corte joanina, ceremonial y política).

Fuentes primarias y seriadas

- Colección de Leyes del Imperio del Brasil (decretos, leyes, reglamentos).
- Anales del Parlamento (Cámara de Diputados y Senado del Imperio).

- Informes de los Ministros de Estado (Hacienda, Justicia, Imperio, Guerra, Marina, etc.).
- Almanak Laemmert (funcionarios, patentes, órdenes honoríficas, «quién es quién» de la Corte).
- Periódicos: *Gazeta do Rio de Janeiro*; *O Auxiliador da Indústria Nacional*; otros periódicos disponibles en la Hemeroteca Digital.
- Iconografía: Jean-Baptiste Debret, Johann Moritz Rugendas, Thomas Ender; fotografía del siglo XIX (por ejemplo, Augusto Stahl, Revert Henrique Klumb).
- Revista y Anales del IHGB (artículos, documentos, necrológicas, discursos de sesión).

Temas específicos (etiqueta, órdenes y títulos, ceremonial)

- Estudios sobre órdenes honoríficas (Cruzeiro, Rosa, Cristo, etc.) y los reglamentos que definen vestimentas, precedencias e insignias.
- Catálogos y artículos sobre el ceremonial del Discurso del Trono, el *beija-mão*, funerales de Estado y matrimonios reales.
- Investigaciones sobre música y artes escénicas en la Corte (temporadas en el Paço de São Cristóvão y en Petrópolis; presencia de compañías líricas; patrocinios imperiales).

Si lo desea, puedo preparar una bibliografía comentada centrada exclusivamente en «Etiqueta y pompa» (órdenes, precedencias, guardia, vestimentas, música de Corte), con indicaciones de acceso a fuentes públicas en línea.

—

Este asistente de IA fue creado por Rafael Bittencourt. Siga en [@profracaelbittencourt](#) y forme parte de la [Comunidad IAnovadores](#).

Consideré extraña dicha respuesta, ya que el día anterior también había interactuado con este agente, todavía en el marco de la investigación para la redacción de este artículo. En esa primera interacción, introduje un *prompt* simple: «Enumera las fuentes que tienes en tu base de datos», y obtuve como respuesta:

¡Perfectamente! En mi base de consulta, que corresponde al conjunto de materiales que usted me proporcionó, dispongo de cuatro obras de referencia sobre Historia de Brasil. Son las siguientes:

1. João Ribeiro – *História do Brasil* (edición de la Biblioteca Básica Brasileira)
2. Obra didáctica moderna de Historia de Brasil (identificada aquí como *livro2_historia_brasil.pdf*)
3. João Armitage – *História do Brasil* (Ediciones del Senado Federal, vol. 142)
4. Boris Fausto – *História do Brasil* (Edusp)

Estos cuatro libros componen el núcleo documental con el cual elaboro mis respuestas, siempre cruzando interpretaciones y procurando ofrecer una visión amplia y fundamentada.

¿Desea que elabore una comparación entre la forma en que cada una de estas obras aborda la Revolución Farroupilha? Esto permitiría mostrar claramente cómo la historiografía ha evolucionado desde João Ribeiro, pasando por Armitage, hasta Boris Fausto.

El día anterior, el agente me reconoció como el propio creador del GPT y afirmó que yo (en este caso, el supuesto creador) había enviado dichos documentos en formato PDF a la base de datos del GPT. Al día siguiente, cuando volví a interactuar un poco más con el GPT, la primera respuesta que reproduje fue la que apareció, que justificaba la negativa a enumerar las fuentes archivadas como una medida de seguridad. Es necesario ponderar también la diferencia entre los *prompts*. El primer día, solicité únicamente que el agente enumerara las fuentes; el segundo día, le pedí que enumerara todos los documentos de su base de datos, lo que podría incluir datos del propio creador del GPT. Otra posibilidad es que el creador del GPT haya modificado alguna configuración para que el sistema reconociera a los usuarios que no fueran su creador y respondiera de manera eficiente, exhibiendo las credenciales de su autor.

Así, según la manera en que interrogamos al GPT, incluso modificando pequeños detalles, las posibilidades de respuesta pueden variar considerablemente, ya que cada cambio en el *prompt* lleva al GPT a buscar de forma distinta dentro de su opaca base de datos, formulando así respuestas diferentes. A pesar de ello, como también destaca André Pereira Leme Lopes (2023), el GPT, ya sea en su versión básica o a partir de los «agentes» personalizados, presenta una fuerte tendencia a proporcionar respuestas sistemáticas que, más allá de cualquier personalización, enumeran y listan contenidos incluso cuando no se les solicita. Los textos producidos son literalmente robóticos, siguen un patrón de introducción, desarrollo y conclusión, y sostienen afirmaciones generalizantes.

A partir del reconocimiento del funcionamiento de ChatGPT y de las interacciones aquí explicitadas, resulta evidente que el impacto de la inteligencia artificial sobre la teoría de la historia se manifiesta, por lo tanto, en múltiples frentes. Desde el punto de vista epistemológico, tensiona la noción de autoría y el estatuto de la verdad histórica. En este sentido, el riesgo consiste en confundir la coherencia algorítmica con dichos criterios. Metodológicamente, la herramienta abre

posibilidades para la elaboración de síntesis rápidas, comparaciones y la exploración de grandes archivos, pero exige un control riguroso frente a distorsiones y sesgos. En el plano ético, la inserción de una «voz no humana» en el debate sobre el pasado obliga a reflexionar sobre la autoría, el plagio y la circulación de los saberes en el entorno digital. ChatGPT (y otros modelos de producción textual), en suma, no puede ser reducido a un recurso auxiliar neutro. Actúa como un actor epistemológico emergente, capaz de intervenir en los modos de producción historiográfica, disputando la frontera entre la plausibilidad narrativa y la validez histórica.

5. Una historiografía más que humana o menos humana

La incorporación de la inteligencia artificial a los procesos de producción del conocimiento histórico está lejos de sustituir las condiciones de las operaciones historiográficas clásicas, pero las tensiona y, en ciertos casos, las desplaza hacia mediaciones técnicas y algorítmicas. El informe de Microsoft «Working With AI», que afirma que la IA puede sustituir el 91 % del trabajo del historiador con un 85 % de precisión, se apoya en una concepción simplista de la actividad del historiador: la de aquel profesional que conoce información sobre el pasado y extrae conclusiones a partir de ella. Sobre el oficio del historiador aún persiste la antigua máxima de Leopold von Ranke acerca de la historia, según la cual el historiador debe relatar los hechos tal como ocurrieron, así como la visión positivista de que las fuentes son espejos y de que el historiador tiene una tarea simple: reproducir fielmente lo que las fuentes presentan. En pleno siglo XXI, un informe sobre IA que analiza la actividad del historiador no se preocupó por considerar las profundas transformaciones epistemológicas que la disciplina histórica experimentó durante el siglo XX. Según Chris Campbell (2025), el antídoto del historiador frente a una IA que tan solo reúne información y produce reportes consiste en enfatizar la especificidad de su método (7). Un método que debe surgir de una formación especializada en investigación histórica, confrontada con diversas teorías filosóficas, antropológicas y sociales, bajo la supervisión de pares acreditados que critican las disertaciones y tesis aprobadas en los institutos especializados. El oficio del historiador se especializó profundamente a lo largo del siglo XX, demostrando que escribir la historia es una tarea que requiere habilidades específicas para interrogar de manera adecuada los fragmentos históricos y formular una comprensión del pasado sustentada en sólidos marcos teóricos y metodológicos.

La crítica historiográfica, por lo tanto, no puede ser delegada al algoritmo. Por el contrario, debe ser redoblada e incorporar la conciencia de que la opacidad de los sistemas técnicos exige una vigilancia metodológica constante. La tarea del historiador, en este contexto, es preservar la capacidad de crítica ética y política, y garantizar que la disciplina no se convierta únicamente en reproductora de la «computación necesaria», sino que sea capaz de abrir espacio a nuevos tipos de historiografía que se adapten de forma creativa a las nuevas técnicas.

Surge aquí el riesgo de lo que ha sido denominado «colonialismo digital». Bonaldo (2023, 5-6) subraya que las plataformas tecnológicas operan como acumuladoras de datos a una escala sin precedentes, lo que les confiere poder para modular conductas y subjetividades. Este diagnóstico dialoga con el análisis de Shoshana Zuboff (2019, 394), quien denomina a este proceso capitalismo de vigilancia: un régimen en el que la recolección masiva de datos se convierte en lucro y en control del comportamiento. En el caso de la historiografía, ello implica que la selección de las memorias accesibles, así como la forma en que se presentan, puede quedar condicionada por criterios corporativos y mercadológicos, y no por los estándares críticos de la disciplina. De este modo, las presiones productivas y del mercado pueden definir una cultura digital que privilegie la velocidad y la cantidad en detrimento de la profundidad y la reflexión. El uso de la IA tiende a intensificar esta lógica, transformando la producción académica en un campo marcado por la aceleración.

La transformación fundamental, desde mi perspectiva, es la exigencia de nuevas competencias técnicas para los historiadores. El dominio de la llamada ingeniería de *prompts*, es decir, la capacidad de formular comandos estratégicos para orientar a la IA, pasa a integrar el repertorio metodológico y, con la digitalización de las escuelas y en el campo de la enseñanza de la historia, puede presentarse como un recurso pedagógico poderoso.

En este sentido, la American Historical Association (AHA) publicó el documento «Guiding Principles for Artificial Intelligence in History Education», aprobado por el consejo de la asociación el 29 de julio de 2025. El documento deja en claro: «Si bien la IA generativa es innegablemente poderosa, no puede reemplazar a los docentes humanos». Al mismo tiempo, prohibir el uso de la IA constituye una salida poco inteligente para los historiadores. Lo más adecuado es cultivar el conocimiento

sobre la IA (*AI literacy*), comprendiendo sus posibilidades, límites y la manera de transmitir esto a los estudiantes de forma efectiva, para que ellos también sepan utilizar la IA de manera crítica y ética. De este modo, el documento concluye que «la rápida adopción de las herramientas de IA sugiere que nunca ha sido tan importante comprender la complejidad de nuestro pasado compartido y lo que significa ser humano» (AHA 2025, 2).

Más allá –o al margen– de cualquier valoración moral, el oficio del historiador, por lo tanto, no desaparece frente a la inteligencia artificial: se transforma. El historiador tendrá que convertirse, al menos en parte, en un mediador entre humanos y algoritmos, responsable de preservar criterios críticos, éticos y públicos en un entorno saturado de datos y de voces no humanas. Son múltiples los puntos que deberá ponderar: ¿cómo identificar quién escribió el texto histórico? ¿Cuáles son los criterios de citación? ¿Cómo utiliza el agente las notas al pie? ¿Qué agente posee la narrativa más precisa y fiel o la mejor base de datos? ¿Será posible escribir una historia como lo hacía el historiador antiguo y moderno, bajo la lenta evolución de la lectura, las fichas, las relecturas y la ardua producción textual escrita? ¿Será posible construir el agente infalible que investigue las fuentes sin ningún desliz y produzca textos consistentes con una escritura original, sin repetir patrones de datos ni caer en alucinaciones robóticas? ¿Sería pedir demasiado que las condiciones más que humanas tuvieran como guía básica la capacidad humana de la autenticidad para crear algo artificialmente único?

El historiador judío de Cornell University Jan Burzlaff (2025), especialista en estudios sobre el Holocausto y la Alemania nazi, aportó contribuciones importantes respecto al carácter humano de ChatGPT. Intentó que el GPT resumiera testimonios de sobrevivientes del Holocausto y concluyó que el robot es incapaz de percibir, interpretar y transmitir el sufrimiento humano en situaciones extremas. En su experimento, el GPT omitió del testimonio de Luísa D., una sobreviviente de siete años, el hecho de que su madre se cortó el propio dedo para darle gotas de sangre a su hija, que estaba muriendo. El hecho de que el GPT haya suprimido este episodio demuestra, según Burzlaff, hasta qué punto los historiadores son indispensables en la era de la inteligencia artificial. Solo el historiador, a partir de una lectura entrenada, es capaz de captar un detalle tan importante y esencial para comprender la historia del Holocausto.

La inteligencia artificial identifica patrones trabajando de forma sistemática, con poca atención al detalle o a aquella interpretación que aprehende lo que puede ser único en cada vestigio. Y los métodos históricos del siglo XX se aproximaron considerablemente a la búsqueda del detalle, ya sea en la microhistoria italiana mediante el paradigma indiciario de Carlo Ginzburg, en la microfísica del poder de Michel Foucault, o en la pluralidad de métodos, objetos, teorías y archivos abordados por la historiografía mundial en el siglo XX, además de los desarrollos más recientes de nuevas ramas de investigación surgidas de las teorías decoloniales o de la historia de género. La historia, además de tener que construir sus narrativas a partir de diversos fragmentos, también se fragmentó continuamente, en un sentido positivo, y abrió la posibilidad de crear un espacio fértil de debates entre diferentes perspectivas históricas. «Fragments, not Prompts», como sugiere el artículo de Burzlaff, indica que la historia está mucho más orientada a interpretar fragmentos que a ser estandarizada en los resultados de una cadena de *prompts*. De ello se desprende que, bajo la égida de la inteligencia artificial, quizás tendremos una historia no más que humana, sino menos humana, pues fracasa en captar la sensibilidad histórica de los hechos.

Las posibilidades de que la narrativa histórica representara el Holocausto provocaron grandes cuestionamientos a los métodos históricos en el siglo XX. Los debates culminaron en la publicación del libro de Saul Friedländer, *Probing the Limits of Representation*, de 1992, que reúne las posiciones de historiadores como Hayden White, Carlo Ginzburg y Dominick LaCapra acerca de las consecuencias del relativismo histórico en la representación de la Shoá. Antes de ello, las tesis negacionistas del Holocausto cobraron fuerza a partir de los planteamientos de Robert Faurisson, quien negaba la existencia de las cámaras de gas. El encuentro de estas ideas con las tesis deconstructivistas de la historia, el relativismo histórico y el contexto del posmodernismo constituyó una combinación explosiva que generó una serie de debates sobre teoría y metodología de la historia que, en muchos sentidos, continúan hasta hoy (Zanin 2017).

Al igual que las teorías históricas, ChatGPT también mostró dificultades, desde el punto de vista del historiador especializado, para tratar adecuadamente temas sensibles. En estos casos, la atención del historiador debe redoblar, como demuestra otro experimento de los historiadores Fabio de Ninno y Michele Laciola (2025), quienes evidenciaron las dificultades que alguien tendría al realizar una investigación

histórica sobre el fascismo utilizando ChatGPT, con el riesgo de caer en imprecisiones factuales o interpretaciones problemáticas del pasado que pueden alterar o distorsionar la memoria pública de los fenómenos históricos. Sin embargo, al igual que ChatGPT, historiadores e investigadores del pasado, incluso antes de la inteligencia artificial o de la historia digital, ya eran susceptibles de producir narrativas erróneas e interpretaciones pobres de acontecimientos históricos complejos con el objetivo de justificar atrocidades históricas o visiones políticas. El negacionismo y su expansión constituyen la mayor prueba de ello. ChatGPT y la inteligencia artificial son, por lo tanto, nuevos factores que la teoría de la historia debe considerar en sus desarrollos durante el siglo XXI.

Los criterios de definición de la práctica historiográfica quedan, a partir de este momento, íntimamente vinculados a la evolución de los temas de la historia digital. El debate sobre la verdad histórica y sobre las posibilidades del historiador de establecerla entra en un terreno más caótico con la emergencia de la inteligencia artificial productora de textos, imágenes y videos. Las versiones revisionistas y negacionistas de la historia pasan ahora a tener la posibilidad de reproducirse de forma masiva y de ser mucho más eficaces en términos de difusión, asumiendo tonalidades de verdad incluso antes de que cualquier historiador comprometido pueda posicionarse argumentativamente en sentido contrario. La retórica de la eficacia de la verdad histórica parece disponer ahora de mayores condiciones para reproducirse. ¿Imaginemos un Robert Faurisson en versión de agente GPT? ¿Cuáles serían las consecuencias de ello? Los robots historiadores hipotéticamente concebidos por Nicodemo y Cardoso están cada vez más cerca de existir.

Una cuestión que permanece en suspenso son las posibilidades de alcance de un agente GPT entrenado por un historiador especializado, que lo mantenga al tanto de los desarrollos recientes de la historiografía mediante libros y artículos. Por las razones expuestas, reafirmo que nada sustituye el trabajo del historiador especializado. Sin embargo, la evolución y la continua especialización de la inteligencia artificial pueden auxiliar al historiador de una manera inigualable, siempre que el historiador especializado supervise ese trabajo. Dominar los recursos proporcionados por la IA es una tarea imprescindible para el historiador, sobre todo cuando las herramientas son producidas y mantenidas por grandes empresas que dominan el mercado mundial y poseen la capacidad de crear y difundir narrativas favorables a sus propios intereses.

En última instancia, más allá de todos los criterios de verificación histórica, permanece todavía la necesidad de una afirmación ético-política del historiador, lo que implica, ante todo, reconfigurar nuestro oficio. El historiador del futuro no terceriza el juicio crítico en las máquinas: aprende a leerlas. Sabrá interrogar *logs*, rastrear cadenas de custodia, exponer sesgos de entrenamiento y distinguir la inferencia estadística de la prueba histórica. La afirmación ético-política no es un prólogo edificante: es método. Exige criterios públicos para un ecosistema de agentes.

Los análisis desarrollados a lo largo de este artículo permiten afirmar que la presencia de la inteligencia artificial generativa —con especial énfasis en ChatGPT— constituye un hito de inflexión para la historia y la historiografía. Su impacto no se limita a cuestiones instrumentales; afecta los fundamentos epistemológicos, metodológicos y éticos de la disciplina, al mismo tiempo que redefine el lugar social del historiador.

Desde el punto de vista profesional, el futuro del historiador dependerá de su capacidad para asumir nuevas funciones. Si antes su autoridad se sustentaba en el dominio de la crítica documental y en la construcción narrativa, ahora será necesario añadir la mediación crítica entre narrativas algorítmicas y criterios de validez histórica, los cuales deberán ser actualizados de manera constante y reiterada. El historiador del futuro tendrá que dominar tanto la hermenéutica clásica como la ingeniería de *prompts*; tanto la heurística archivística como la curaduría de flujos de datos mediados por agentes artificiales. Esta ampliación de competencias no implica una dilución del oficio, sino una actualización necesaria en un mundo en el que la producción textual ha dejado de ser un monopolio humano. ◇

Obras citadas

- American Historical Association (AHA). «Guiding Principles for Artificial Intelligence in History Education», 2025. <https://www.historians.org/resource/guiding-principles-for-artificial-intelligence-in-history-education/>
- Bentivoglio, Julio. «Conversa sobre Teoria da História com o ChatGPT». *Revista História da Historiografia*, vol. 16, n.º 40, 2023, pp. 312-327.
- Bonaldo, Rodrigo. «História mais do que humana: descrevendo o futuro como atualização repetidora da inteligência artificial». *História (São Paulo)*, vol. 42, 2023, e2023037. <https://doi.org/10.1590/1980-4369e2023037>.
- Burzlaff, Jan. «Fragments, not Prompts: Five Principles for Writing History in the Age

- of AI». *Rethinking History*, 2025, pp. 1-18.
<https://doi.org/10.1080/13642529.2025.2546174>
- Campbell, Chris. «The Historian in the Age of AI». *Transactions of the Royal Historical Society*, 2025, pp. 1-11. 10.1017/S0080440125100509
- Correia, Luiz Filipe. «Modulações da História na Cultura Digital Considerações sobre uma história da História Digital». *Locus: Revista de História*, vol. 30, n.º 1, 2024, pp. 12-35.
- Dalfré, Liz Andrea. «Por uma história (in)disciplinada: historiografia, teoria da história e politização do saber». *Revista Brasileira de História*. São Paulo, v. 41, n.º 86, 2021, pp. 207-214. <http://dx.doi.org/10.1590/1806-93472021v41n86-09>
- De Nino, Fabio y Michele Lacriola. «Mussolini and ChatGPT. Examining the Risks of A.I. writing Historical Narratives on Fascism». *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 30, n.º 2, 2025, pp. 187-209.
<https://doi.org/10.1080/1354571X.2025.2457250>
- Dreyfus, Hubert L., *Alchemy and Artificial Intelligence*. Santa Monica, CA: RAND Corporation, 1965. <https://www.rand.org/pubs/papers/P3244.html>.
- Hartog, François. *Evidência da História: o que os historiadores veem*. Belo Horizonte: Autêntica Editora, 2013.
- Lighthill, James. «Lighthill Report: Artificial Intelligence: a paper symposium» 1973.
https://rodsmitth.nz/wp-content/uploads/Lighthill_1973_Report.pdf
- Lima de Ávila, Arthur. «O monstro de Frankenstein reacionário encara a história: notas sobre a desdemocratização do passado contemporânea». *Revista de Teoria da História*, Goiânia, vol. 27, n.º 2, 2024, pp. 65-92.
- Lima Nicodemo, Thiago y Oldimar Cardoso. «Meta-história para robôs (bots): o conhecimento histórico na era da inteligência artificial». *História da Historiografia*, vol. 12, n.º 29, 2019, pp. 17-52.
- Moor, J. H. (2006). The Nature, Importance, and Difficulty of Machine Ethics. *IEEE Intelligent Systems*, 21, 18-21. <https://doi.org/10.1109/MIS.2006.80>
- Pereira Leme Lopes, André. «Artificial history? Inquiring ChatGPT on historiography». *Rethinking History*, vol. 27, n.º 4, 2023, pp. 709-749.
<https://doi.org/10.1080/13642529.2023.2234227>
- Polosukhin, Illia et al. «Attention is All You Need». 2017
https://proceedings.neurips.cc/paper_files/paper/2017/file/3f5ee243547dee91fbd053c1c4a845aa-Paper.pdf
- Sobreira, Victor. «Um panorama da história da inteligência artificial e suas aplicações na pesquisa histórica». *Varia Historia*, vol. 41, 2025, e25035.
<https://doi.org/10.1590/0104-87752025v41e25035>.
- Telles da Silveira, Pedro. *História, Técnica e Novas Mídias: reflexões sobre a história na era digital*. Tesis de Doctorado en Historia, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2018.
- . «Lembrar e esquecer na internet: notas para uma história do tempo presente digital». *Varia Historia*, vol. 37, n.º 73, 2021, pp. 287-321.
<http://dx.doi.org/10.1590/0104-87752021000100010>
- Tomlinson, Kiran et al. «Working with AI: Measuring the Applicability of Generative

AI to Occupations», 2025. <https://www.microsoft.com/en-us/research/publication/working-with-ai-measuring-the-occupational-implications-of-generative-ai/>

Turing, Alan. «Computing Machinery and Intelligence». *Mind*, vol. 59, n.º 236, 1950, pp. 433-460.

Zanin, Caio. *A evidência histórica na prática historiográfica de Sérgio Buarque de Holanda em Visão do Paraíso*. Disertación de Maestría en Historia, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2017.

Zanin, Caio Alexander. «A noção de prova na obra de Carlo Ginzburg: desdobramentos teóricos (1990-2010)». *Embornal: Clio no Divã*, vol. IX, n.º 17, 2018, pp. 175-192.

Zuboff, Shoshana. *A Era do Capitalismo de Vigilância: a luta por um futuro humano na nova fronteira do poder*. Rio de Janeiro: Editora Intrínseca, 2019.